

MADE IN CHINA

Hiscio M. Belluga Capilla

Comandante de Intendencia del Ejército del Aire (DEM)

y Ángel Gómez de Ágreda

Teniente coronel del Ejército del Aire (DEM)

La noticia macroeconómica del verano fue que China sobrepasó a Japón como segunda potencia mundial por Producto Interior Bruto (PIB). No por anunciada, la nueva deja de tener su significado. En primer lugar porque China sobrepasa a su vecino insular en un auténtico cruce de caminos. Mientras el PIB chino crece de nuevo en porcentajes cercanos a los dos dígitos, el de Japón se contrae lastrado por la fortaleza de su moneda y los coletazos de la crisis internacional.

China ha llegado hasta esa posición siguiendo, literalmente hasta en los errores, el manual, pero comprimiendo los tiempos. El milagro se ha obrado en los 30 años transcurridos desde que Deng Xiaoping modificó la política económica hacia lo que algunos han dado en llamar «comunismo de mercado». Lo ha hecho, como casi todo lo que hacen los chinos, discretamente; mientras el mundo vivía los felices años ochenta, mientras Occidente observaba la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética y mientras el capitalismo occidental se atragantaba, empachado con su propia receta.

Cuando el mundo ha querido mirar a China, no se ha encontrado con el país aislado, volcado en su propia supervivencia con métodos arcaicos y obsesionado con la doctrina maoísta. El mundo ha descubierto a China en cada etiqueta, en cada pieza de sus ordenadores, cámaras, muebles y juguetes. Para entonces, China ya había descubierto al mundo y había empezado a buscar el lugar que piensa que le corresponde entre las naciones.

Las previsiones apuntan recurrentemente a 2030 como el año en que el PIB chino sobrepasará en valor al de Estados Unidos. Sin embargo, muchos factores pueden afectar al crecimiento de ambas potencias. Por mucho que desde Washington se clame ante el «peligro amarillo», la coexistencia de ambas naciones es, no sólo conveniente, sino necesaria para el bien de las dos. Las ambiciones chinas apuntan más hacia un mundo multipolar en que ninguna potencia tenga clara preponderancia sobre las demás que a sustituir a los americanos en la hegemonía mundial. Es la pérdida de esta hegemonía lo que preocupa más que en la Casa Blanca, en Wall Street:

«China es un país de 1.300 millones de habitantes (la quinta parte de la población mundial y 27,5 veces más que la población española) (1) nación multiétnica, con

(1) Tan sólo la ciudad de Chongqing, en el cauce del Yang-Tzé tiene más de 33 millones de habitantes y crece a un ritmo de un millón anual. En poco más de una década podría superar a la población de toda España. Para imágenes de la ciudad, en http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/08/16/chinas_new_tomorrowland?page=0,0

56 grupos reconocidos. El 91% son de etnia han. Sin embargo, en una gran parte del territorio, en particular en el oeste, predominan otras etnias. Precisamente es en Tíbet y Xinjiang, las extensas provincias occidentales, donde se centran buena parte de las preocupaciones políticas chinas. La creación de la *SCO (Shanghai Cooperation Organization)* junto a la Federación Rusa y a las cuatro repúblicas centroasiáticas responde a la preocupación china por los separatismos tibetanos y uigur, a la preocupación rusa por los terrorismos de corte islamista y a la inquietud de las repúblicas centroasiáticas por los extremismos y fuerzas centrífugas que puedan poner en peligro sus regímenes actuales.

A las tensiones raciales en el occidente del país se añaden las sociales y económicas en una clase urbana de creciente importancia y poder adquisitivo en la costa y núcleos aislados del interior. El camino que China tiene por delante no es fácil ya que debe acometer cambios en multitud de aspectos simultáneamente en los próximos años.

Con 9,6 millones de kilómetros cuadrados es el cuarto país más grande del mundo tras Rusia, Canadá y Estados Unidos (19 veces España). A pesar de esos números, China también dispone de 1.800 millas de costa, lo que la convierte en una nación con un inmenso interés marítimo. Buena parte de la tensión actual proviene de la creciente implicación china en los asuntos marítimos fruto de la necesidad de asegurar sus rutas marítimas, tanto para la importación de las materias primas que sostienen su pujante industria como para permitir el libre flujo de sus exportaciones. La posición geoestratégica que ocupa el Imperio del Centro –como se conoció al país– hace que sus intereses «vitales» (como los ha definido Hu Jintao) se solapen con los de varios de sus vecinos insulares y de la península de Indochina.»

El desarrollo chino

Es interesante saber qué ha ocurrido para que China sea el gigante en el que se ha convertido. Pero queda la duda de saber si es un gigante con pies de barro o su crecimiento está sólidamente construido y es sostenible tanto política como económicamente.

La economía china está creciendo a un ritmo, que si se mantiene, rápidamente pasará a convertirse en la más fuerte a nivel mundial. En el segundo semestre del año 2010 ya ha superado a Japón en el PIB y se ha convertido en la segunda economía sólo por detrás de Estados Unidos. Este resultado se ha alcanzado 30 años después de realizar una serie de reformas que acercaron la economía china al capitalismo. Tras la guerra civil, el 1 de octubre de 1949 el líder comunista Mao Zedong proclamó la República Popular China. A partir de esa fecha el Partido Comunista en el Gobierno comenzó a aplicar medidas de corte socialista inspiradas en el modelo soviético mediante un sistema de planes quinquenales.

Desde el año 1953 hasta ahora se han sucedido 11 planes quinquenales con medidas muy diversas y con resultados totalmente dispares. Se han vivido momentos críticos y se ha aprendido de los errores. De acuerdo con las explicaciones del propio Gobierno, no se han dado bandazos en cuanto a políticas y objetivos y se han mantenido una serie

de planes a medio y largo plazo. La realidad sin embargo, muestra medidas de corte socialista que tuvieron resultados negativos y un giro en la política que acercó las medidas económicas al capitalismo consiguiendo de esta forma un despegue económico sostenido durante 30 años.

Los planes quinquenales

El primer plan quinquenal (1953-1957) se apoyó en un pacto de cooperación con la Unión Soviética y se enfocó hacia la creación de una base industrial sólida, la creación de cooperativas de producción agrícola y el desarrollo de las infraestructuras. El segundo plan quinquenal quiso ser más ambicioso y se lanzó el movimiento denominado «gran salto adelante» con el que se pretendían objetivos realmente desproporcionados. Este plan incluyó una movilización masiva de la población hacia los centros de producción. La falta de infraestructuras combinada con desastrosas cosechas provocadas por una mala meteorología y catástrofes naturales tuvieron como consecuencia graves hambrunas que causaron la muerte de más de 10 millones de personas.

El fracaso de estos primeros planes inspirados, apoyados y financiados por la Unión Soviética desembocaron en una China endeudada y desencantada con las reformas propuestas lo que llevó a la ruptura de las relaciones con el aliado soviético en un conflicto abierto que aisló aún más al régimen chino. Tras el abandono de estas reformas económicas los planes se dirigieron más al fortalecimiento de las ideas comunistas iniciándose lo que se llamó la Gran Revolución Cultural Proletaria en el año 1966, lo cual no hizo más que agravar la situación de pobreza del país.

Los tres siguientes planes quinquenales se centraron en prepararse para la guerra y en el autoabastecimiento. Los objetivos fueron ir desarrollando la agricultura para resolver los problemas de alimentación y la consolidación de una industria de base, que elevase la calidad de sus productos aumentando su variedad. Se promueve el desarrollo del transporte y las comunicaciones. Aunque se fueron cumpliendo la mayoría de los índices económicos planteados, la persecución ciega de dichos objetivos y un avance temerario en la búsqueda de indicativos de recuperación provocó graves desequilibrios internos.

Todas estas reformas se llevaron a cabo bajo el paraguas político de la Gran Revolución Cultural Proletaria y el resultado fue un tremendo fracaso. Tras la muerte de Mao y encarcelados los miembros de la «banda de los cuatro» a los que se les atribuyeron todos los errores en la estrategia económica, a partir del sexto plan con Deng Xiaoping en el poder, se dio un giro a las reformas económicas y se adoptaron medidas de lo que se llamó «socialismo con características de mercado».

Actuando bajo el principio «proceder desde la realidad y buscando la verdad de los hechos» Deng Xiaoping, al que se considera el arquitecto de la China actual, se planteó una serie de reformas dirigidas a la estabilización y a la búsqueda del equilibrio. La producción de artículos de consumo se debe adaptar en cantidad y calidad al crecimiento del poder adquisitivo real y a los cambios en la estructura de consumo, se deben hacer esfuerzos para disminuir el consumo de materiales y de energía, hay que invertir en innovación técnica y en transporte y comunicaciones. Es importante insistir en la mejora de la educación, ciencia y cultura. Hay que organizar una defensa nacional y

una industria de defensa. Es necesario garantizar el equilibrio entre ingresos y gastos, tanto en el aspecto fiscal como en el financiero. Hay que insistir en proteger el medio ambiente y frenar la contaminación. Todas estas medidas de racionalización económica tuvieron resultados mundialmente reconocidos, no obstante, la necesidad política y social de una rápida obtención de resultados positivos creó ciertos problemas. La inversión en activos fijos fue demasiado alta y se emitió excesiva moneda, lo que tuvo sus efectos perjudiciales sobre el crecimiento estable que se perseguía. Todas estas medidas de corte capitalista se tomaron razonando y justificando que no eran incompatibles con la ideología comunista, siempre que el objetivo fuese el enriquecimiento de la nación y el aumento del nivel de vida del pueblo, huyendo de la creación de una clase burguesa.

El siguiente plan quinquenal, el séptimo (1986-1990), pretende ser un plan que integre desarrollo económico y social. Se busca el equilibrio y la estabilidad en todos los aspectos y los objetivos primordiales son, primero, la creación de un ambiente económico y social con un equilibrio entre la demanda común y las ofertas que permita una reforma de la estructura económica sobre la base de una economía socialista con las peculiaridades propias chinas; segundo, poner las bases para continuar con un desarrollo económico y social en la década de los años noventa basado en la transformación técnica y el desarrollo intelectual, y tercero, mejorar la vida del pueblo basándose en los buenos resultados económicos.

El octavo plan quinquenal (1991-1995) tiene nuevas perspectivas. Una vez establecidas las bases y puestos bajo control gran parte de los desequilibrios internos, este plan abre una nueva etapa. Se reforma la estructura económica con la creación de un nuevo sistema financiero y tributario en el que la figura impositiva principal es el impuesto sobre el valor agregado. Se separan las finanzas de carácter político de las de carácter comercial, se inicia el control macroeconómico y se refuerza el papel del mercado como medio de distribución de recursos manteniéndose el sistema de propiedad pública.

Se establecen zonas de apertura y de desarrollo económico atendiendo a las máximas de Deng Xiaoping en las que manifestaba que había que dejar que una parte de la gente se enriqueciera antes que el resto y unas regiones antes que otras y atendiendo a la descentralización de las decisiones, de forma que cada una de las provincias y municipios elaboren sus planes.

También se aplicó el principio de «a cada uno según su trabajo» y se introdujo, sobre todo en las zonas rurales, el «contrato individual o de responsabilidad personal o familiar» contraponiéndose al sistema anterior de distribución en las comunas agrícolas donde todos «comen por igual de la olla común». Según Deng, el enriquecimiento es legítimo si lo es como producto del trabajo laborioso, siempre que contribuya al socialismo, al fortalecimiento del país y a la mejora general del nivel de vida.

El noveno plan quinquenal (1996-2000) empieza a plantearse metas a medio y largo plazo, se trata de insistir en que el modelo de desarrollo es una economía de mercado socialista. Se ha cuadruplicado el producto nacional bruto respecto al año 1980 y la población ha aumentado en 300 millones respecto a la misma fecha y se insiste en que los logros han sido posibles gracias a ese sistema de economía de mercado socialista

que intenta combinar las ventajas objetivas de dos sistemas económicos que, teóricamente, no son compatibles.

El décimo plan quinquenal (2000-2004) insiste en el crecimiento de la economía a un ritmo medio del 7% anual manteniendo el nivel general de precios. Las medidas económicas pretenden optimizar y actualizar la estructura industrial y la elevación de la competitividad internacional. Se programa una distribución de la participación de los distintos sectores de la economía en el PIB del 13%, 51% y 36% mientras que la participación de los empleados en dichos sectores será respectivamente del 44%, 23% y 33%. Se proyecta elevar la informatización económica y social y controlar la disparidad de desarrollo entre las diversas zonas. Se frenará la tendencia al deterioro del medio ambiente y se procurará un ahorro y protección de los recursos naturales. Otra de las metas previstas es la elevación del nivel de vida del pueblo y la mejora de los servicios públicos, educativos, culturales, deportivos y sanitarios.

El décimo primer plan quinquenal (2006-2010) está muy perfeccionado con respecto a los anteriores. Está basado en dos pensamientos estratégicos, la concepción científica del desarrollo y la edificación de una sociedad armoniosa. Se establecen metas en lo humano, social y medioambiental además de en lo económico. Se plantea la agricultura como la más principal de las tareas estratégicas. En cuanto a la industria, el objetivo es la actualización de su estructura más que en ampliar su escala, la idea es la transformación en una industria fuerte antes que grande. Se reconoce la necesidad de la ampliación del sector terciario con el fin de optimizar la estructura económica, ampliar el empleo y elevar la competitividad. Se insiste en la necesidad de compensar el desarrollo desigual de las distintas regiones.

El ahorro de recursos y la protección del medio ambiente se convierten en dos políticas estatales básicas. Se presenta la innovación autónoma y la preparación de un personal altamente cualificado como necesidades relevantes para la construcción de un país innovador y que se tienen que revigorizar por medio de la preparación de personal cualificado. El desarrollo debe integrar «cuatro en uno» es decir, la construcción simultánea en los ámbitos económico, político, cultural y social; para esto se establecen una serie de índices de todos esos ámbitos. Pero de todos, se consideran los más importantes los índices que miden dos aspectos, el primero, el que mide la velocidad de incremento económico, se establece que el PIB deberá crecer al ritmo del 7,5% anual en término medio. Esto reflejará el rendimiento del país. El segundo aspecto es el de consumo de energía y reducción de emisión de contaminantes. Este índice dará una idea de a qué coste se está creciendo y, de esta forma, medir si se trata o no de un coste demasiado elevado que pueda, a la larga, pasar factura o, si por el contrario, es adecuado.

La China actual: retos y oportunidades

Estudiando la evolución de la economía de China en estos 60 años se observa que el desarrollo ha sido espectacular, se han alcanzado objetivos muy importantes, pero, a la vez, se mantienen unos desequilibrios que son debilidades graves en el sistema.

La competitividad basada en los bajos salarios y en una escasa preocupación por la utilización de tecnologías limpias hacen que los países más avanzados no puedan competir.

Esta situación puede desatar la fiebre del proteccionismo en sus clientes. Sin embargo, conforme avanza el tiempo, esta perspectiva se vuelve cada vez más improbable dada la dependencia de Occidente respecto de los productos importados de China. En particular, los componentes para equipos han sido prácticamente monopolizados por el país asiático.

En cualquier caso, es la misma necesidad la que está empujando a China hacia una nueva política que tiene mucho mayor respeto por la eficiencia energética y el medio ambiente. Recientemente, se ordenó el cierre de una docena de complejos industriales considerados los peores en estos aspectos. Pekín está reorientando su política industrial hacia una modernización y tecnificación de sus fábricas y procesos productivos. Del mismo modo, la manufactura de componentes y productos de baja tecnología debe ir evolucionando –como ocurrió en Japón o en Corea en su momento– hacia productos de mayor calidad y sofisticación que, en parte, suponen su nueva demanda interna y que supondrán una competencia directa a los mercados exportadores de otros países.

Además de lo anterior, es interesante destacar la gran cantidad de huelgas que está habiendo, especialmente entre los empleados de las grandes multinacionales. El trabajador chino nunca ha sido tan dócil como nos han contado y a eso se une que el Partido Comunista ya no está tan interesado en «mantener el orden» a toda costa. Las huelgas están siendo seguidas por la prensa y parece que los trabajadores no reciben presiones para reducir sus pretensiones. Esto, aunque supone un problema interno por un lado, por otro, puede ser bueno para todos. China no quiere aparecer en la prensa internacional como represora de los trabajadores especialmente de las grandes multinacionales y confía en que el aumento de sus salarios ayurará a equilibrar su economía. Pero a nivel externo, el beneficio es que habrá un tirón en la demanda de productos de calidad y bienes de lujo importados, lo cual contribuirá a disminuir el saldo de la balanza comercial china y a suavizar el paro en los países exportadores.

Estados Unidos y los países de la Unión Europea deben adaptar su política internacional para alcanzar acuerdos con las potencias emergentes, pero la negociación no es fácil. China es inflexible con respecto a la injerencia de terceros en asuntos que considera exclusivamente de política interna, como por ejemplo, el tipo de cambio del yuan, la defensa de los derechos humanos o las emisiones de anhídrido carbónico, pero Estados Unidos o la Unión Europea no pueden adherirse sin más a las demandas de China. La necesidad de alcanzar acuerdos respecto a las emisiones o al tipo de cambio y las inversiones ha suavizado, recientemente, las críticas norteamericanas respecto a los derechos humanos. Los factores que influyen en el crecimiento del poder económico de las nuevas potencias emergentes son el crecimiento de su población y la adopción de nuevas tecnologías.

Ya sabemos que el crecimiento de la población en edad laboral es muy superior en los países menos desarrollados, sin embargo, lo normal es que el desarrollo tecnológico sea mayor en los países más avanzados. El desarrollo de nuevas tecnologías y su posterior integración en el sistema productivo necesita de unas condiciones estructurales mínimas. El desarrollo de las infraestructuras, las comunicaciones, los transportes, el tipo de gobierno y la educación y formación de la población son imprescindibles para el triunfo de las modificaciones y su adopción. Estas condiciones se dan en los países avanzados

pero su desarrollo es muy variable en los países emergentes. Países como China, Rusia y México son los que se encuentran en mejor posición mientras que la India o Indonesia tienen graves déficit en infraestructura y educación (2). En el caso de China, buena parte del desarrollo tecnológico ha llegado de la mano de la «ingeniería inversa» de armamento y equipo de fabricación soviética y rusa. Ahora, después de muchos años de ir a remolque de otras potencias en cuanto a desarrollo tecnológico, China proporciona estos conocimientos a terceros países en decisiones que, en ocasiones, son controvertidas (3).

En este entorno y con estas previsiones, un yuan artificialmente infravalorado con respecto a otras divisas favorece aún más la posición de China y altera el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado. Sin embargo, el crecimiento del poder adquisitivo de la floreciente clase urbana china está incrementando la demanda de productos de calidad –muchas veces importados– cuyo coste se ve incrementado por el escaso valor del yuan:

«La economía china se basa en la enorme capacidad industrial que ha desarrollado. Sin embargo, para sostenerla, necesita importar una parte muy significativa de la energía que consume y asegurarse de que las rutas de importación de materias primas y de exportación de bienes manufacturados permanecen abiertas. Evidentemente, no es del interés de Pekín el que la apertura de dichas rutas esté garantizada por una potencia extranjera, por mucho que sus intereses sean coincidentes en buena parte. Con el fin de asegurarse el suministro de gas y de crudo procedente de Asia Central, el golfo Pérsico y África y de las materias primas, China ha ido creando una serie de instalaciones a lo largo de la ruta del Índico que sirven como bases logísticas y como posibles bases operacionales para su flota. El llamado «collar de perlas» se extiende desde Port Sudan hasta Hong Kong en una serie de acuerdos bilaterales con países como: Irán, Pakistán, Sri Lanka y Myanmar. Simultáneamente, ha desarrollado la red de gasoductos y oleoductos que le unen a Rusia y a sus vecinos occidentales para asegurarse el suministro con independencia de su control sobre los peligrosos estrechos que deben atravesar los cargueros y petroleros.

Tanto para asegurarse el mantenimiento de estas rutas como para defender sus reclamaciones de soberanía en el mar Amarillo, el mar de China y el mar de la China Meridional –donde se plantean en la actualidad diversos litigios– la potencia asiática está desarrollando en los últimos años su Armada (muy particularmente su flota submarina) y su Fuerza Aérea. Además, como principal factor disuasorio ante la posible intromisión de terceras potencias en lo que considera sus intereses vitales, ha potenciado el desarrollo de su Segundo Mando de Artillería, en el que se concentran los misiles de alcance estratégico. La República Popular está muy lejos de poseer una capacidad real de proyección

(2) Si bien es conocida la fama que los científicos formados en las universidades hindúes tienen en todo el mundo.

(3) El compromiso chino de construir dos centrales nucleares más en Pakistán –país no signatario del Tratado de No-Proliferación– ha encontrado la oposición de la India y Estados Unidos. Las relaciones con Pakistán, archienemigo de la India, van mucho más allá de lo meramente comercial; un Pakistán fuerte actúa de contrapeso para los hindúes, el mayor rival regional de Pekín.

de sus fuerzas más allá del esfuerzo que lleva a cabo en el golfo de Adén contra la piratería. No obstante, sus capacidades para negar el uso del mar en su zona adyacente han crecido de forma notable.»

En cuanto a la pregunta inicial de si este crecimiento es sostenible o nos encontramos ante un gigante con pies de barro, los principales retos a los que se enfrenta el Gobierno chino son la corrupción, el crecimiento desigual tanto de la renta individual como en el desarrollo de las distintas regiones con grave retraso de la agricultura, la limitación de las libertades individuales y el deterioro medioambiental. Pero además de lo anterior, las influencias del consumismo y del individualismo están descontroladas y la influencia neoliberal se extiende. Se dice que el «gran plan quinquenal de la democracia china» que la propia Escuela Superior del Partido ha diseñado, debe dirigirse a la reforma política y a la introducción de medidas de corte democrático. El plan establece un plazo de 30 años para su aplicación. El propio Partido Comunista es consciente de que su supervivencia depende de una reforma de este tipo, pero que debe ser gradual y cuidadosa.